

## QUE EL PÚBLICO DIGA NO

A veces me pregunto qué diablos hago dedicándome a la ingrata tarea de ser crítico teatral, con su caudal de enemigos que ella trae en el seno, si puedo ser un afamado autor de comedias y de dramas, estrenar cada dos o tres meses una obra nueva y ganar un diez mil por ciento más que como crítico, ahorrándome además los enemigos declarados o los que se dicen amigos, que son los peores. Y es que en la actualidad ser autor teatral es muchísimo más sencillo que ser crítico. Ya no puede aplicarse el injusto lugar común de decir que el que hace crítica es porque no puede hacer obra de creación, y es más fácil criticar que crear. Ahora es al contrario, porque aquel que desee triunfar como autor no tiene sino que seguir la mágica fórmula que se ha descubierto últimamente: el plagio. Después de todo, si a los genios de la literatura contemporánea los acusan de plagio, como el inefable anciano guatemalteco (eso sí, premio Nobel, claro) lanzó su *Yo acuso* en contra de García Márquez, ¿qué podemos esperar los que no somos ni remotamente genios, ni siquiera de cuento de hadas? Que nos acusen de lo que quieran, lo importante es ver nuestro nombre como autores de una comedia o de un drama, aunque seamos lo suficientemente honestos para declarar que nos “inspiramos” en tal o cual autor. De manera que muy pronto los actores, autores, escenógrafos, directores y hasta críticos teatrales, podrán descansar de mis diatribas desde estas páginas. Voy a convertirme en autor dramático. He comenzado ya una comedia musical intitulada *Amo a mi cabecita blanca*, que estoy seguro va a ser un éxito definitivo. Llamaré a Sergio Bustamante para que le ponga la música, al fin que ese actor compone canciones con la misma facilidad conque yo critico lo que no me gusta. Y tendré la dicha de leer en los programas: “*Yo amo a mi cabecita blanca*. Comedia musical de Luis Reyes de la Maza, inspirada en *Edipo Rey*, de Sófocles, con música original y canciones de Sergio Bustamante, bajo la dirección de José Solé y coreografía de Miguel Ángel Palmeros, con escenografía de Antonio López Mancera.” ¡Y a ganar dinero! ¡Y fama! ¡Y buenas críticas de mis ex colegas! Y que se pudra Sófocles, al fin que ya está más muerto que el gusto por el teatro.

Naturalmente, situaré la acción de *mi* comedia musical no en Tebas, sino en Avándaro, por ejemplo, y en lugar de 500 años antes de Cristo, los sucesos tendrán lugar en el año 2009, cuando Avándaro haya sido declarado parque nacional y se haya erigido una gigantesca estatua de plástico al señor López Negrete, quien sostendrá en su diestra una planta de *cannabis indica* y en la siniestra una fotografía de Tom Jones, el símbolo erótico de nuestra era.

Edipo será el comandante general de las naves interplanetarias de la Galaxia de Corinto, y una vez al consultar una computadora ésta le dice que va a matar a su padre y a casarse con su madre. Horrorizado, el comandante Edipo aborda su nave, canta una canción vestido de plástico transparente y de cara al público, y viaja por el espacio para escapar a su destino ya debidamente computado. Pero una falla mecánica de los isótopos radiactivos de su nave lo obliga a descender en un pequeño planeta llamado Alfa Tebas, donde es atacado por un supercomandante que porta una pistola de rayos laser. Edipo echa mano de su espada compacta de neutrones desmoralizantes, y da muerte a su atacante. Es llevado en triunfo por los alfatebanos hasta la Cámara Neutro-nal de la Compuesfinge y resuelve en un dos por tres la complicada ecuación de décimo grado que se le presenta, lo que le vale la mano de la reina de ese planeta, una hermosa mujer llamada Yocastana, quien se encuentra bailando la coreografía de Miguel Ángel Palmeros sin saber bailar, pero eso no importa. Llega el comandante Edipo, canta, y se casa con ella. Pero he aquí que un anciano pastor, que será el cómico de la obra, un pastor que lleva a diario a las arañas gigantescas a otro planeta cercano para que devoren a sus moradores, revela que Yocastana es la madre de Edipo y que el Comandante muerto era Layo Gamma, padre de quien le dio muerte. Como será una comedia moderna, sin prejuicios de ninguna clase, y como al público no le gustan ya los finales trágicos, haré que Edipo y Yocastana al saber la verdad se carcajeen, beban en unos chupones muy graciosos un néctar delicioso, canten otra vez, bailen otra vez, y se amen otra vez ahora con mayor deleite porque saben que efectúan lo prohibido. Edipo cantará una canción de cuna muy cursi porque Yocastana le avisa que va a ser madre de su propio nieto, y la comedia mu-

sical terminará con una coreografía a cargo de toda la compañía y del conjunto musical Los Drugs.

Esta comedia puede estar escrita en dos días, de manera que si algún empresario está interesado, el señor Haro Oliva, por ejemplo, le suplico me lo haga saber para llevársela. Sólo faltará la música, pero ya dije que el señor Bustamante la puede componer muy rápidamente y sobre la marcha, como acaba de hacerlo con otra comedia musical que escribió el señor Antonio Haro Oliva, inspirado en *Lisístrata*, de Aristófanes (así dice el programa: Aristónfanes, quizá para disimular un poco). La idea de escribir *Yo amo a mi cabecita blanca* me surgió al terminar la representación de *Y todas dijeron no*, que es la comedia que escribió el señor Haro Oliva inspirada en Aristónfanes, y en la que Nadia Haro Oliva no canta ni tampoco baila ni tampoco actúa, pero el teatro está lleno, y en la que Teresa Vales luce sus adiposidades y su poca gracia, y en la que Sergio Bustamante vuelve a querer hacerse el chistoso sin arrancar una sola sonrisa, y en la que Carlos Riquelme se viste de mujer como Lechuga en la televisión, y en la que todos no cantan, ni bailan, pero pretenden hacerlo cada cinco segundos acompañados por una música de los tiempos prehistóricos de Elvis Presley y de una coreografía de los aún más prehistóricos tiempos de Ricardo Luna. Sin embargo, la acción sucede “cualquier siglo después del año dos mil”. El baile de las “cortesanas del universo” me hizo reír de buena gana porque aquellas pobres mujeres parecían danzantes de la Villa a las cinco de la mañana de un 13 de diciembre.

No son “ellas” las que tienen que decir no. Es el público. Y si no lo dice, si esa comedia permanece en cartel con buen éxito, entonces sí se librarán los lectores de mis críticas, porque habré quedado demostrado que cada público tiene el teatro que se merece, y yo me lanzaré a escribir la comedia de la que ya hablé, más otras muchas en las que puedo “inspirarme”.

3 de octubre de 1971